

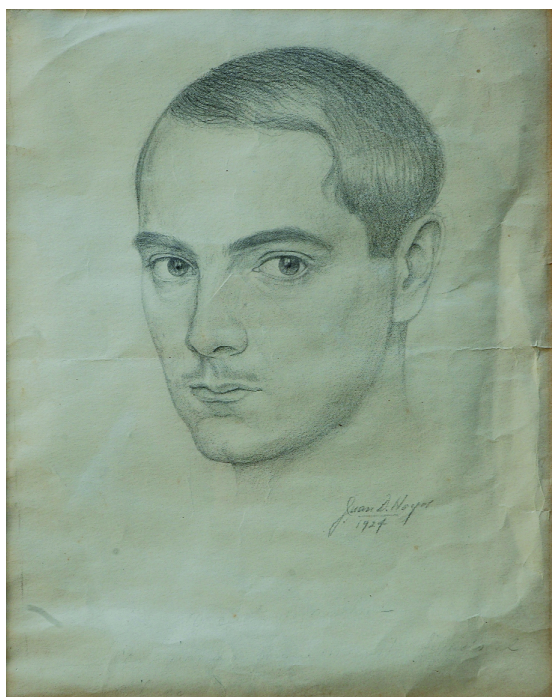
Ojos para mirar lo no mirado

Carlos Pellicer López

En el pasado mes de agosto el archivo del poeta mexicano Carlos Pellicer pasó a formar parte de la Biblioteca Nacional. De esta forma, manuscritos, postales, cartas y múltiples documentos invaluablees podrán ser consultados por investigadores, aficionados a la poesía y público en general. Sin duda este archivo enriquecerá nuestra percepción de la obra inmensa de un poeta definitivo e imprescindible no sólo de las letras mexicanas sino de la literatura en nuestra lengua.

El archivo que hoy entrego a la Biblioteca Nacional se hizo sin darme cuenta. A la muerte de mi tío supe que había que reunir sus manuscritos y, poco a poco, todos los documentos que guardaban relación con su vida. He pasado más de veinticinco años disfrutando de las íntimas sorpresas que guardaba aquel microcosmos y llega el momento de dejarlo en las mejores manos.

Ya he contado, en otras ocasiones, el maravilloso y formidable caos que era, no sólo la biblioteca, sino toda la casa en la que vivía el poeta. Padecía “urraquismo”, esa dolencia que él bautizó y tipificó, que consiste en guardar —como las urracas— todos los objetos que se consideran atractivos. Atractivo podía ser desde una corcholata o un boleto de tranvía, hasta una pintura de José María Velasco. Todo, todo se guardaba. El vestido de boda de doña Deifilia —mi abuela—, un mechón de pelo de don Carlos Pellicer Marchena —mi



© Lorenza Alvaraz

Conservar estos archivos en nuestra *alma mater* es conservar la memoria de nuestra cultura. Estoy seguro que mi tío sonríe...

abuelo—, los juguetes de mi tío Ernesto, que murió a la edad de siete años hace exactamente un siglo..., y así, hasta las mantas de propaganda de su campaña para ser senador de Tabasco en 1976. Todo estaba ahí, en la casa de Sierra Nevada 779, en las Lomas de Chapultepec, al cuidado inflexible e inconsciente de Chabelita, su fidelísima e inolvidable ama de llaves en los últimos veinte años de su vida.

Al poco tiempo de su muerte hubo que desocupar la casa y entonces sí, trabajar a marchas forzadas. Había que revisarlo todo, desde los “alteros” de periódico que se juntaban sin razón alguna, hasta las maletas y cajas que permanecían en los sótanos de la casa. Fue la “época de oro de los descubrimientos”, ¡qué no encontramos!

En aquellos polvosos equipajes del sótano se guardaban, entre otras cosas, los cuadernos de escuela, los del primer viaje a Colombia y otros tantos de la estancia en Europa entre 1925 y 1929, los primerísimos poemas.

Debajo de la gran tarima sobre la que se montaba el célebre Nacimiento, en unos enormes cestos de mimbre, revueltos con los más disímbolos papeles, apareció la mayoría de los manuscritos de *Hora de Junio*, *Recinto* y *Subordinaciones*. La suerte estuvo de nuestro lado, ya que en varias ocasiones la tierra, las piedras y el agua de los paisajes que rodeaban al Nacimiento vencieron los tablones de la tarima, por fortuna, nunca encima de aquellos cestos.

(A mi tío nunca le gustó desprenderse de sus manuscritos. Por esto creo que aquí se conservan alrededor del ochenta por ciento de ellos.)

En un clóset del bañito del tercer piso de la casa, donde rara vez entraba el poeta, aparecieron las deslumbrantes cartas escritas a don Arturo Pani en el largo viaje a Italia de los años veinte.

Por aquellos tiempos ya había empezado a estudiar algunos documentos la doctora Clara Bargellini, mi sabia y muy querida prima. Gracias a su experiencia y generosidad los documentos empezaron a separarse y a ordenarse. Antes de donar la biblioteca a El Colegio de México, nuestra querida Bárbara Corbett revisó uno a uno los más de quince mil volúmenes para cerciorarnos de que no llevaran documentos entre sus páginas y para saber también si tenían alguna dedicatoria.

Un día encontramos el título de profesor en Farmacia que le otorgó la Universidad Juárez de San Juan Bautista a don Carlos Pellicer Marchena y su hoja de servicios en el Ejército Constitucionalista, donde consta que participó en la Batalla de Celaya y ahí fue comisionado para conservar el brazo amputado del general Obregón. Varias libretas, alargadas y gruesas que estaban cerca, resultaron ser los registros de las fórmulas que surtía en las diferentes boticas que atendió hasta su muerte en 1935. En la misma caja donde se colocó todo eso junto, como debía ser, se guardaron las libretas, cuadernos y notas sueltas de recetas de cocina de doña Deifilia, con sus igualmente usados libros de rezos y oraciones.

La colección de postales que hizo el poeta viajero es notable. ¡Cuánto disfrutaba recordando Constantino-pla, en una extraña y larguísima postal, como una serpentina, que registraba la vista de trescientos sesenta grados, toda la vuelta de la cabeza del observador por el Cuerno de Oro!





© Lorena Alaraz



© Lorena Alaraz

En uno de tantos viajes, el que hizo en 1937 al Congreso de Escritores Antifascistas durante la Guerra de España, además de la imborrable impresión, trajo una gran cantidad de folletos, revistas y ponencias mimeografiadas, algunas de estas últimas, únicas, como me lo hizo saber Manolo Aznar cuando preparó la edición crítica del cincuentenario del Congreso.

No puedo dejar de mencionar la correspondencia con sus contemporáneos y amigos, además de los originales de libros que seguramente esperaban su lectura y su juicio. Hay que mencionar también los autógra-

fos y manuscritos de personajes que, sin haberlos conocido, coleccionó por admiración y generosidad de otros amigos.

Algunos documentos históricos referentes a su tierra deben haber llegado a sus manos con la esperanza de los donantes de entregarlos a buen cuidado, cosa que hoy se cumple finalmente.

El acervo fotográfico es vasto. Comienza con los álbumes de familia, que nos hacen suspirar por sus diseños lujosos y las huellas implacables del tiempo, llenos de tanto silencio misterioso, de tantos rostros que ya



no pueden decir sus nombres. Y termina con la imagen que parece ser la última de Pellicer, con su ropa en el perchero, abandonada en la terraza de su cuarto, cumpliendo los versos del poema:

Así, cuando la muerte venga a buscarme,
mi ropa solamente encontrará.

Hay también fotografías de amigos, escritores, músicos, pintores, bailarinas, políticos y toreros, algunas dedicadas a él. Se conservan muchas fotografías de lugares, de edificios y construcciones, de piezas y monumentos arqueológicos, de pintura y escultura de diferentes épocas, testimonio de sus intereses y preferencias en estos ámbitos. Por último, hay una buena cantidad de imágenes tomadas por él, que fue buen aficionado a la fotografía.

Otra sección es la de los periódicos. Muchos se guardaron porque hacen mención de él o de sus obras. Pero muchos más porque tenían un artículo o una fotografía que le interesaba. Muchas de éstas últimas las recogió para exhibirlas sobre las estanterías de la biblioteca, creando los más sorprendentes ambientes escenográficos, que hoy llamaríamos “instalaciones”. Recuerdo, de entre tantos periódicos, uno, de San Juan Bautista, de principios de la década de 1890, en el que se lee una reseña del baile de disfraces a beneficio del hospital que dirigía el doctor Tomás Pellicer (mi bisabuelo) y al que asistió, llamando poderosamente la atención, vestida de campesina francesa, la lindísima joven Deifilia Cámara.

El recuerdo y el recuento son, naturalmente interminables.

Hace un par de años, cuando mi sobrino Juan Christian Pellicer (doctor en Letras Inglesas y catedrático en la Universidad de Oslo) vino a pasar unos días con nosotros, me pidió conocer el archivo. Pasamos una tarde estupenda, felices, revisando papeles, fotografías, todo esto que ahora les cuento y que aquí se guarda. Cuando nos sentamos a cenar, le pedí a Juan Christian su opinión sobre el destino del archivo y me contestó, con su natural prudencia, que estaba seguro que yo sabría encontrarlo, pero me sugería que debería conservarse reunido siempre en su totalidad, porque él veía que no era sólo importante para los estudiosos de la literatura, sino para los historiadores en general, ya que abarcaba prácticamente cien años de la vida de una familia. Creo que tiene toda la razón y ésta ha sido una de las pocas condiciones del donativo.

Por último, creo que la Biblioteca Nacional es la custodia ideal para este archivo. Es la institución especializada desde el siglo XIX que se ha hecho cargo de preservar los más valiosos libros y documentos. Conservar estos archivos en nuestra *alma mater* es conservar la memoria de nuestra cultura. Estoy seguro que mi tío sonríe, con esa suave sonrisa que le encantaba mostrar en la cabeza olmeca de su museo en Villahermosa. Él sabe que es la mejor decisión porque vivió años felices, luminosos, entre los salones, pasillos y patios de la Escuela Nacional Preparatoria, aprendiendo todo lo que pudo, disfrutando bajo la sombra de sabios maestros, haciendo travesuras divertidísimas de la revista *San-ev-ank*. Porque su formación de estudiante se hizo precisa y únicamente ahí.

Yo tengo más razones. Mi papá hizo sus estudios de Derecho aquí, al igual que mi hermano Juan. Yo estudié en la maravillosa e inolvidable Escuela Nacional de Artes Plásticas, allá en Academia 22 y fue la única escuela donde fui feliz. Mi hija María acaba de terminar sus estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras y mi hijo Carlos disfruta, como nunca, de sus estudios en el Centro de Investigaciones de Diseño Industrial.

Este donativo, no es un regalo, lo veo como un favor más que se le pide a esta nobilísima institución. Le pido que cuide, conserve y difunda este archivo. Yo soy el que agradece el compromiso que aquí hacemos público.

Gracias pues al doctor Juan Ramón de la Fuente, a la doctora Maricarmen Serra Puche, al doctor Vicente Quirarte, a la licenciada Rosa María Gasca, a don Liborio Villagómez y a todo el equipo que conforma la Biblioteca Nacional por haber aceptado esta responsabilidad y, muy especialmente, por haberme brindado su amistad. **U**

Las fotografías que ilustran este texto fueron realizadas por Lorena Alcaraz con el apoyo del equipo del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.